silvia carrero parris

ESE

OSCURO

SENTIMIENTO

Ediciones Del Autor
Montevideo 2010

Ese oscuro sentimiento

Silvia Carrero Parris

Ediciones del Autor

A Rodolfo Caravia

Sin su insistencia,
este libro no existiría.
Gracias

Esta es la noche

Esta es la noche, no hay otra más que ésta. Si algo queda, si algo resiste luego de la lluvia, quizás haya futuro.

Pero esperar sin fe es como amanecer dormido sobre la escarcha. No se amanece así, se muere así.

Esperar a que amanezca como si lo único que quedara en el horizonte fuera esa luz atravesando las persianas. Como si lo único que puede ser aún es esa luz que la ventana impide. Eso es lo que hago desde siempre. Esperar.

Y no importa demasiado si la ventana recuerda un mapa, si los hilos de agua corriendo entretejen un destino prescindiendo de la parca, cursos de agua por donde se viaja sin objeto, sin prevención alguna, nada más que por viajar igual que si subiéramos a un pájaro, minúsculos como la gota sucia de viento que resbala vidrio abajo. Simplemente correr por el cristal que se extiende cada vez más y más abajo, interminable, sin terminar. Igual de monótono

que el sonido de la lluvia, cayendo para siempre sobre los techos de la ciudad. El viejo y gastado sonido de agua sobre agua sobre agua. La misma siempre. Una y otra vez.

Esta es la noche. No habrá otra. Mañana quizás alguien recuerde que hubo una noche anterior —esta noche—, en la que alguien soñaba con un momento distinto, una luz más alta en el cielo que este foco apagado que se asoma entre gota y nube, entre luz rayando el violáceo fondo de la noche.

Soñar con un momento distinto es pensar en lo no-pensable. Los momentos se repiten una vez y otra, igual que el recorrido de las agujas sobre un disco vertical. Parece que las horas pasaran pero estamos atados a esta noche, despiertos y con sabor amargo en la boca. Esta noche es la última noche. Mañana no será un dato de la realidad. Quién dijo que existe "mañana". Es nada más que una leyenda urbana. La de alguien que creyó despertar en otro día, a otra hora, sin pensar en que eso es imposible cuando se vive todo el tiempo alerta (o dormidos, quién lo sabe).

Qué pruebas puede haber de que hemos dormido antes, o que volveremos a dormir; qué pruebas, acaso, de que estemos despiertos...

Sólo hay una certeza. Esta es la noche. No hubo más que ésta. Y yo que creí que era posible una mañana o que fue posible un crepúsculo. Nada es cierto. Nada. Sólo me engaño, y lo que creímos saber se ha hundido en el tiempo muerto de las bibliotecas, llenas alguna vez de gente que creyó poder averiguar lo que sucedió pero dejaron de pensar en ello la última vez que pasaron la misma página y por casualidad cayeron en la cuenta de que volvían a leer lo mismo, una vez y otra vez, como el personaje de un cuento de terror.

Esta es la noche. Me levantaré de la cama totalmente lúcida, caminaré por la casa a oscuras, recordaré cada cosa en su lugar y por eso las cosas estarán allí, muebles, plantas, todo allí tal y como lo vengo soñando cada día; me levantaré, digo, y con un suave roce de los dedos identificaré el metal esperando por mí, el gatillo pronto, el seguro inexistente, cada bala en su lugar, una en la recámara.

Alguien, en algún lugar

Cerré la puerta y dejé el sombrero sobre el respaldo del sillón grande, ese que enfrenta la ventana más linda de la casa. Noté que había luz en el fondo, un resplandor que transgredía la frontera a cuadros de la puerta de vidrio. Se oía un sonido como el que hace la azada cuando cae desde lo alto, ya profunda en la tierra, y arranca los yuyos que invaden los canteros. Me sorprendí pues a esta hora la gente normal prefiere cenar, y en mi fondo, además, si yo no estoy, no espero que haya nadie.

Fui hasta la cocina cuidando de no hacer ruido, como ladrón en mi propia casa y apenas moví unos centímetros la cortina pero abrí mucho los ojos, como para compensar, tratando de observar sin ser vista el rectángulo de césped no muy prolijo que es mi patio. El sonido de los golpes seguían, rítmicos, y yo imaginaba entre uno y otro el subir y bajar de la azada en manos de... ¿de quién? ¿Quién estaba en el fondo de mi casa removiendo la tierra? ¿Era una azada o una pala? ¿Quién carajos estaba haciendo un pozo en el fondo de mi casa mientras yo no estaba? El latido del miedo en mi oído me obligó a abrir la boca, a respirar tenuemente para no hacer ruido por la boca abierta, a aflojar la tensión por la

magia del simple acto de abrir la boca como quién teme quedar sordo por un disparo que presiente próximo. De tanto querer ver no vi nada, sólo un resplandor amarillento pasaba sobre el muro que linda entre mi casa y la del vecino, arañando el vidrio de mi puerta, magnificándose en la cocina oscura. De un manotón corrí totalmente la cortina y abrí la puerta casi saltando como supongo que hace el perro del vecino cuando descubre que la fiesta del paseo empieza para él. La tranquilidad del patio vacío, como debía estar, era de repente algo que me provocaba una alegría al borde de la carcajada.

Sin embargo el sonido persistía. Salí mirando hacia todos lados, fui lentamente hasta el centro del patio y nada aparecía como causa del golpe rítmico contra la tierra húmeda. No quise asomarme hacia el corredor formado por los muros de mi fondo y el de mis vecinos y en vano traté de volver a sentir la alegría transparente que me asaltó al descubrir que nada pasaba en mi patio, pero por más esfuerzos que hice no pude.

Sé que soy la única persona en estas dos filas de viviendas porque todos están de vacaciones, así que, la verdad sea dicha, no sólo no río ahora sino que ya mismo meteré en una bolsa una muda como para salir del paso y pediré un taxi. No sea cosa que lo que provoca ese sonido llegue a mi patio y yo aún esté allí.

La espera

La oscuridad es total. Llena todo espacio en la habitación. Sin embargo se nota que el lugar está repleto de cosas gracias a la textura de lo oscuro. El olor no se identifica bien, pero inunda todo de igual forma que la oscuridad y como ella, también muestra diferencias sutiles, capas superpuestas de distintos aromas que al asentarse con los años unas sobre otras terminaron perdiendo individualidad, adquiriendo una identidad que es propia de esa habitación, un aroma único y distinto al del resto de la casa.

Nunca antes había entrado allí hasta este momento, el de abandonarlo para siempre. Este es el lugar en el que ha crecido, el lugar en el que registra sus recuerdos más tempranos. Hoy hay que marcharse y no queda mucho tiempo para historias, o para investigar lo que no supo, lo que no le dijeron, lo que no quiso preguntar. No hay tiempo para hurgar en el pasado, propio o ajeno. Así está acordado. En menos de una hora le enviarán un auto y en él cargará sus cosas y se irá para no volver nunca más.

Se lo piensa bien, porque cuando por fin aquella puerta recién abierta vuelva a estar cerrada, cualquier pregunta que en el futuro quiera hacer sobre sí o sobre su familia quedará sin respuesta o por lo menos sin la tranquilidad que le habría dado saber que tal respuesta no se hallaba en aquella habitación de su casa natal. Por eso, ya sobre el momento de partir no se decide a pasar llave, dejar que la habitación vuelva al reposo en que se encuentra hace tanto, reposo que ha roto sin pensarlo mucho cuando sintió ese impulso tonto de subir y despertar las sombras que agotan el aire denso y húmedo.

Porque había sido eso, un impulso contra el que no quiso oponer resistencia. Simplemente subió aquella escalera y sin pensarlo mucho descolgó la llave que había permanecido allí, siempre a su alcance, ominosa, pendiendo de apenas un clavo en la pared, por tantos años que su silueta había sido delineada por el paso del tiempo y el color blanco brillante tras ella ahora reluce en la penumbra teñida de azul al traspasar las cortinas que cubren unas ventanas estrechas y demasiado altas a lo largo del pasillo.

Los ojos tienen una particular habilidad para la resignación. Después de permanecer un rato abiertos en lo oscuro e indivisible, aceptan la densa estructura de la

sombra, se apiadan de ella y aprenden a distinguir los matices que le dan textura. Desde el umbral mismo, sin haber dado un paso hacia la espesura, se distingue un fino resplandor, la figura de un rectángulo vertical tan estrecho y alto como las ventanas del pasillo. Desde allí y hacia la derecha se delinean objetos de distintas formas y tamaños, acaso cajas, sillas con las patas hacia arriba como animales muertos sobre una mesa, armarios con cajones a medio abrir y fotos de tamaños diferentes tapizando toda una pared a diferencia del resto de la casa, en donde no había ni fotos, ni armarios desordenados. En la pared opuesta el reflejo del rectángulo resplandece, duplicado igual que la mesa con su carga inútil, los armarios mal cerrados como de apuro, las fotos y aún más, una figura oscura en el centro de una puerta abierta hacia otro mundo de claridad azul.

Da un paso atrás al ver aquella silueta dentro de la habitación y en forma simultánea la visión imita con exactitud el movimiento alejándose hacia la luz detrás de ella. Le tembló la boca con algo parecido a una sonrisa al descubrir que en el espejo que abarca toda la pared izquierda también se refleja su imagen. La mueca sin risa, no alcanza más que a exhalar el aire contenido desde que se vio dentro del espejo como otro objeto abandonado allí, esperando por

alguien que abriera la puerta. Con un esfuerzo consciente detuvo el ademán, la mano pronta a tantear la superficie áspera de la pared buscando encender una luz. No fue la razón la que exigió el esfuerzo, algo que yacía en el fondo de su consciencia lo hizo.

Ah, la eterna contradicción entre sus deseos y sus actos. Vencer el hábito de obedecer y subir escalón por escalón hasta el piso donde la habitación cerrada había estado siempre a su alcance y luego de abrirla negar la existencia de lo desconocido por el mecanismo simple e ingenuo de no arrojar luz sobre ello. Lleva más tiempo escribir acerca del hecho que sentirlo, y no es más fácil pensarlo, acaso es intransferible salvo la imagen de ese gesto equívoco que sepulta la mano en la profundidad breve del bolsillo, la encarcela. Sin embargo no siempre puede eludirse la fatalidad, así que la mano atrevida emerge de la tibieza del bolsillo con un encendedor entre los dedos.

La intención, el pensamiento, ya no cuentan frente al hecho consumado en una luz, que reveló algo parecido a un tenebrario pero de siete brazos, hasta ahora oculto por la sombra. Encendió la única vela en el brazo central del candelabro que ahora, según la sombra en el techo, parece una garra cuando pretende moverlo. A su leve claridad, entre cajas y armarios, papeles y fotografías y extraños instrumentos, vio un montón de

ropas manchadas por la humedad y el tiempo sobre un sillón de mimbre. Con cuidado para no ensuciarse o estropear quizás el efecto antropomórfico de la disposición de las ropas, se acercó y rodeando la mesa la descargó de una silla y como volviéndola a la vida la puso patas abajo, al lado del sillón, emparejada con aquel. Desde el sillón de mimbre emana un olor a descomposición no muy difícil de identificar. Pero a estas alturas eso no importa demasiado.

Lo que sí importa es aquella puerta sobre el lado luminoso de la habitación, ese pasaje a un mundo resplandeciente y azul. Importa porque está abierta. Así que frena el ademán de sentarse en la silla que ha dispuesto junto al sillón, y con la llave en la mano, y la mano por delante a todo lo largo del brazo, se acerca a la puerta abierta y justo en el umbral pero del lado de adentro de la habitación asoma su torso y con el brazo extendido cuelga del clavo la llave, tal como había estado desde siempre. Luego con un paso atrás, desapareciendo en la penumbra cierra la puerta, corre el seguro y con un andar lento y pesado llega hasta la silla —esa que acomodó al lado del sillón de su abuelo— que espera inmóvil, como en un ejercicio de paciencia, recibir al fin su cuerpo cansado.

"El hombre, es decir el sirviente, había pensado que dentro de la torre sólo hallaría cadáveres; pero subiendo dos o tres escalones notó que había luz, y que alguien la movía de un lado a otro. Lo supo cuando vio su reflejo mortecino, amarillento, oscilando de un modo espectral en el techo cubierto de telarañas. ¿Qué clase de persona encendería esa luz en Rashomon, en una noche de lluvia como aquélla?"

Rashomon

Ryunosuke Akutagawa

El juicio

Mientras la vieja da vueltas alrededor de los cuerpos enredados, revoltijos de ropas y miembros, su brazo en alto hurga el espacio con una tea que hiede y humea enturbiando más el aire húmedo, espesando más el aire fétido. Dónde está el cadáver, adónde se esconde la maldita y su rostro muerto.

El silencio es una presencia leve, intermitente. Los andrajos que cubren los pies de la vieja no producen sonido alguno. Sólo el viento al pasar por las aberturas de Rashomon se hace oír y el lejano murmullo de la lluvia llega en sordina. Dónde estará ahora que no puede reírse más, ni mirar con desprecio, adónde fue con su melena arrogante. Entre una claridad y una sombra se asoma sobre varios un cuerpo esbelto, su espalda se ilumina por un segundo y la vieja se ríe sin ruido, sin dientes en el agujero oscuro de la boca agria. Esta rajadura servirá para plantar la luz temblona, remisa; servirá para liberar las manos. Y sin saberse observada, observa en cuclillas con el pálido

brillo de sus ojos, los ojos apagados de la muerta. Suave fue la piel, de crema fue y ahora cáscara. Sostuvo como si fuera una fruta de piedra la cabeza de la muerta desde la nuca, pesada como un recuerdo tenaz y la apoyó con cuidado sobre el regazo. El cabello interminable, suelto y desvalido cayó hacia un costado, como un charco sobre las lozas del piso. Apoyó el cuerpo, toda ella en el suelo como un insecto mítico, ahora sí con el botín sobre la falda, y con una mano ajada y seca convertida en pinza, con un ritmo lento pero incesante comenzó a despojar del último adorno a la mujer, hecha un despojo ella misma. Uno por uno, fue hilvanando cada recuerdo amargo, atándolo con el hilo negriazul arrancado al cuerpo que pródigo, no se niega.

Atención, nuevo sonidos atraviesan el aire, uno que parece como de calzado, como de metal. Sobresaltada la vieja se detiene con la hebra que última se despegó de la piel muerta del cráneo que yace en su regazo, la mano suspendida como ajena a ella, colgando de lo oscuro. Este hálito helado no es el de la lluvia, tiene un temblor de destino. Con cuidado, como si pudiera disimular el movimiento al hacerlo más despacio, más gradual, levantó la cabeza cubierta hacia la sombra que está más allá de la llama que fluctúa, ya casi a ras del piso. Qué labios se aprietan ocultando la mordida del lobo que

asoma en los ojos, qué vida escapará de la tenaza de esos brazos, del filo de esa katana. El hombre de ojos de lobo hambriento miró el insecto plegado sobre el piso en el acto de depredar el cadáver meticulosamente y torció la boca. Para qué discutir ni alegar, si la condena es evidente. Pero cómo sostener el silencio, cómo no cumplir con el rito del condenado y negar el delito. Sobrevivir es una buena excusa para presentar a quien parece que busca una respuesta. Para sobrevivir se hacen cosas terribles, se toleran cosas terribles, pero la venganza no es amiga de nadie, así que mejor ocultar el minucioso relevamiento hecho cuerpo a cuerpo hasta encontrarla. Mejor dejar en las sombras el agravio recibido. Mejor callar la indignación arraigada tanto tiempo al abrigo del silencio de cada mañana e insistir en la necesidad última, la de sobrevivir y entonces sí, someterse al juicio del lobo.

Humo nocturno

Una noche cualquiera de insomnio como la de hoy, oigo el viento que atropella las ventanas, enciendo la luz, y me siento en la cama a escribir, con la única finalidad de acallar las voces que desgarran el silencio de mi cuarto de pensión.

Escribo que apago la luz, hundiéndome en la tiniebla como quien desaparece en el agua oscura de un mar desconocido.

Escribo que me acuesto sobre mi lado derecho —el corazón no se anima a soportar mi peso— oyendo el tic tac del reloj insistiendo en sincopar al viento que levanta olas de cristales.

Me estiro, lentamente, tratando de alcanzar los límites de la cama en un vano esfuerzo por aflojarme mientras los gritos resuenan en mi cerebro.

Me llevo las manos a la cabeza y aprieto con fuerza mis oídos; cierro mis ojos y la boca hasta que me crujen los dientes para ahogar los gritos de una vez, para que desaparezcan.

En el momento en que la náusea quiere subir por mi garganta, elevo las piernas flexionadas hasta la altura de mi

pecho. Las rodeo con el brazo izquierdo e inclino mi cabeza hasta que la mandíbula se encuentra con mi cuerpo.

Me siento inundado por aquel olor, repugnante, dulce. Me marea la desesperación que veo en los rostros de esa gente que nunca debió estar allí. Desfilan en ese instante las caras, las bocas abiertas al grito que sólo yo oigo, las llamas empapando los cuerpos de rojos, ocres y tizne.

Recién cuando el otro brazo me ofrece el pulgar de mi mano derecha, la náusea parece remitir, y con ella la tentación; esa abrumadora necesidad de volver a encender los fuegos, de buscar otra vez el placer en la hoguera paridora de criaturas salvajes, danzando sobre el telón de fondo de la oscuridad.

Entonces, dejo de escribir, apago la luz, y recostado sobre mi lado derecho (es como mejor duermo) flexiono las rodillas, meto el pulgar en mi boca y espero otra mañana que me dé descanso hasta la próxima batalla contra el impulso que una noche cualquiera volverá a convocarme a que encienda mil hogueras en la ciudad.

Señales

Anoche cuando ví a mi vecina desde la ventana decidí poner por escrito mis conclusiones. Ahora que me resuelvo a escribir, oigo en los pasillos rumores extraños y pienso que fue un error no haber empezado ayer mismo, cuando entendí que los signos en las paredes eran bastante más que expresiones artísticas de algún muchacho aburrido.

No quedan leyendas o graffitis con cierto grado de coherencia en las paredes. No quedan ya consignas políticas o satíricas. Sólo los signos. Al principio, no me preocupó demasiado desconocer qué significaban. Parecían tener una cierta estética, cierta particular elegancia en el trazo. Los veía desde los ómnibus que tomo todos los días. Hasta que, mirando la crónica policial, vi las fotos.

Muertos en las calles sin señales de violencia, aparentes accidentes, o asesinatos inexplicados. En las fotos se ven las paredes, gris telón de fondo, y sobre ellas los signos. Siguiendo una corazonada encontré en diarios viejos cientos de fotos que me develaron una relación clara.

Debí darme cuenta entonces de que la desaparición de los mensajes tradicionales auguraba un misterio de consecuencias impensables. Pero recién anoche comprendí que sin saberlo presenciaba el paulatino pasaje a la locura de la conciencia colectiva de mi ciudad. Esa conciencia, esa abstracción que utiliza como propias las manos de anónimos escritores callejeros para expresarse. Recuerdo haber leído por ahí que el todo es más que la suma de las partes. La conciencia —¿el alma?— de una ciudad es mucho más que la suma de las conciencias mínimas e individuales de sus habitantes.

Anoche los vi desde mi ventana. Los instrumentos enajenados de esa conciencia colectiva pintaban la pared de enfrente, silenciosos, inexpresivos, sonámbulos. El cuerpo de mi vecina aún se estremecía tirado sobre la calle como un juguete roto. El descontrolado temblor de su pie derecho todavía me espanta. A esta hora, la más fría de la madrugada, mientras escribo oigo pasos en la escalera, acercándose. A esta hora, la más oscura, no puedo olvidar el sonido del tacón de mi vecina en la vereda. Y recuerdo que tras el último trazo elegante de su mano sobre la pared uno de ellos se dio vuelta, alzó los ojos vacíos y me vio

Ese oscuro sentimiento (o Amigas inseparables)

El viento empuja la puerta y ocupa todo el espacio. El perfume de Cristina inunda la cancel, llega antes que ella, la anuncia.

Esta Cristina. Desde que la conozco cuántos perfumes se ha puesto encima... todos distintos pero iguales en lo dulzón, penetrantes que dan asco y se prenden en la casa como a vivir, horas después de que Cristina se ha ido.

Como siempre, apurada por ir al baño. *Dale andá tranquila que voy a prender la estufa, sí, ya cierro, Cristina.* Hace un frío bárbaro. Clavado. De qué otra cosa podría hablar: El frío, la ropa para el frío, la comida para el frío, los medicamentos para el frío y lo bueno que era antes cuando éramos jóvenes y no nos importaba el frío. *Ya voy, Cristina, ya prendo la estufa...*

Qué apostamos a que engancha el perchero como siempre con lo que trae colgado, y sí, con una mano el armatoste y con la otra la ruana. *No pasa nada, Cristina,*

si yo no cuelgo ninguna cosa de ahí... No te preocupes. A quién se le ocurre que yo preciso ese monstruo de madera a la entrada... Sólo a ella. Y bueno. Es mi amiga así que ahí lo dejo al monstruo, para que ella tropiece con él, se enrede en él cada vez que viene; espero que se descuajeringue de una vez y pueda tirarlo a la basura ella misma.

Está bien, Cristina, vamos a la cocina que seguro está más calentito. Dónde será mejor poner la estufa, porque si está de frente se quema las rodillas y si la pongo a su espalda se la quema, qué ruidaje, tengo que arreglarle las rueditas. Qué cosa...

Vení, pasá para el otro lado de la mesa que en poco rato esto se va a poner como un sauna. ¿De qué carta me hablás que no pude oírte con el ruido al mover la estufa?

Esto me pasa por no prestar atención a todas sus rayas, que si no termino como ella o con la misma depre hace meses que me trae a cuento con lo del gimnasio podríamos ir juntas pero siempre anda con excusas ¿qué? ¿Qué está diciendo? ¿A ver qué es ese papel? Nonó, es imposible. No puede haberle escrito a ella y a mí no. Seguro que es algo que él escribió en aquella época y ésta viene a recordarlo ahora. Cristina está cada vez más loca con la edad. *No puede ser, Cristina, si nos habían dicho que estaba en aquel barco que se*

hundió, mija, no puede ser. ¿Le viste bien la fecha vos?

La muerdo, si vuelve a reír la muerdo, mierda por qué grita Olgaolgaolga como loca, se ríe o llora, me calienta que sacuda el papel en mi cara, ese papel con su letra. ¿De dónde sacó un papel con la letra de él?

¡Dámelo! Cómo grita carajo qué manera de gritar esta Cristina qué escándalo... Lo único que falta es que me dramatice un ataque esta loca, cómo es de caprichosa. *A ver, Cristina, vení, tomá un vaso de agua, no me mires así que no sé qué te pasa, ¡tranquilizate! ¡Si abrís la boca te suelto! ¡Dale, tragá la píldora que te estás poniendo bordó!*

¡Pa! como se le puso la cara, tipo moretón, un solo moretón grandote, qué cosa, si hasta parece que en vez de ayudar la pastilla le ha hecho peor, ¿no estará haciendo pamento? creo que lo mejor es arrastrarla hasta el dormitorio y que descanse mientras llamo a la emergencia. Siempre, dramática para todo, ésta... qué cosa.

Uff cómo pesa. Si le habré dicho mil veces que... ¡ay! si no le saco los zapatos me ensucia la colcha pero dónde habrá andando con todo este barro y esas medias rotas ella tan chic siempre, que horrible

pobre Cristina luego que se reponga le presto unas aunque el pie es muy chiquito quien sabe si le sirven las mías medio estiradas que raro que no se mueve ni un poco a ver ni se queja cuando le pellizco la pierna qué linda es y las mías son flacas sin gracia pero ella... cuándo vienen los de la emergencia, habrán llamado ya los vecinos porque yo supongo que me oyeron gritar, yo no puedo salir ahora, no la voy a dejar sola pobre Cristina mejor le saco el buzo que lindo ha de salir carísimo mirá que ponérselo para venir a verme a mí qué ruido raro hizo ¿a ver? no no, me pareció que se había movido pero se ve que fue un suspiro quien sabe lo que comió esta mujer, mejor le aflojo la cintura del pantalón, mirá, de estos no hay en la feria, qué bárbaro la guita que se pone encima y una con lo de siempre ay cuidado que si la zarandeo se cae al piso está como un peso muerto encima de la cama qué problema me trajo sin querer qué cosa pobre Cristina con lo mucho que me quiere venirle a pasar esto acá que yo no tengo ni donde caerme muerta, bueno en la cama podría ser, justo donde la puse pero qué dirá cuando vea las sábanas viejas ella que tiene unas de seda preciosas y a qué habrá venido justo hoy a medio día seguro que a comer no, y a invitarme tampoco ella ya sabe que yo no voy a los lugares en que ella come ni ella se animaría a venir a donde voy yo,

después de todo a ella la roban nada más que por el mantel de tela y a mí me dan de comer riquísimo en la bandejita que me traigo ay, se mueve con un ruido raro, *¿Cristina, Cristina me oís?* nada, para mí que algo raro pasa, voy a salir a ver si viene la emergencia, pero... si se despierta y no me ve? mejor me quedo con ella... mirá cómo tiene el brazo esta mujer, tan suavecito y hasta en el codo, si dan ganas de tenerlos así, aunque no sirvan para nada, qué cosa esta Cristina, a qué vendría hoy, seguro que a morirse en casa con esa ropa y esa valija, porque ahora parece que no respira esto sí es complicarme la vida a mí, a ver, ¿qué tiene ahí? lo único que me faltaba, toda esa plata junta y esa ropa, qué la parió, voy a ver si tiene el celular para llamar al marido a que venga a buscarla, disco algún número de esos de emergencia, pero... el marido va a decir que pude llamarlo antes, cuando se desmayó, en vez de andar metiéndola en la cama y mirando qué ropa tenía, es que así se iba a sentir más cómoda digo yo, pero él es hombre y no va a entender nada, qué cosa, y si le dio algo al corazón que andaba tan deprimida, con toda la plata que tiene o tenía bah, porque ahora que la pincho en la espalda ni se queja, para mí que sí, que se fue pal otro barrio y yo acá con todo esto. En fin, vamos a ver qué les digo cuando vengan y no la encuentren porque yo no me puedo

quedar con esto acá, como si fuera un oso de peluche gigante, qué va a decir la gente, mejor me fijo cómo la escondo antes de que me vengan a preguntar qué pasó y no me crean nada, que ahora todo el mundo está loco y mata a todo el mundo pero a mí la gorda se me vino encima, con su perfume caro y su ropa lindísima que mirando bien hasta me queda casi como para mí, capaz que me la hubiera regalado... y los zapatos, ah carajos los zapatos son buenísimos pero no me entran esos los tengo que quemar junto con los documentos porque sin documentos no hay cadáver con nombre. Y me voy, porque dicho sea de paso, mientras llegan los de la emergencia siempre que la hayan llamado los vecinos, o el marido que hasta mañana no la va a extrañar si le dijo que venía para acá, puedo probarme la ropa que le saqué, quedarme con lo que me queda bien, y con las tarjetas y el dinero juntar todo y conocer al fin a aquella casa afuera a la que me iba a invitar hace mil años, eso sí estaría bárbaro y a ella le gustaría, también me la llevaría conmigo, no toda, claro, no puedo hacer eso, puedo cortarla con la sierra eléctrica en partes más o menos decentes y quedarme con un pedazo del brazo por si necesito abrir con su mano o cerrar algo para dejar las huellas igual que en las pelis, y después ver como lo desaparezco. Suerte que tiene un auto

automático que yo de embragues no sé un pomo, ay esta Cristina, siempre igual, qué cosas me hace hacer, siempre pendiente de si está bien o está mal, venir a llorarme a casa por cualquier peleíta pero se ve que esta vez tenía motivo la gorda, esta vez venía a morirse y yo que no tengo nada para agradecerle así que no está mal que yo aproveche, sé que a ella le gustaría, y al marido ni hablar también le encantaría no verla más, como le ha gritado tantas veces en cualquier lado, le encantaría de veras y ahora se le hizo a ese gran hijo de puta.

Ayer había una vecina despotricando en el almacén que no se sabía qué se está comiendo cuando come panchos, porque se sabe que le ponen cualquier cosa para aumentarlos. No sé porque, eso me vino a la cabeza ahora que estoy llena de sangre hasta los codos, después de haber fraccionado a Cristina y qué trabajo me dio, y me puse a pensar mientras lavaba la bañera y colgaba en el galpón la sierra que la única forma de saber qué se come una es conociendo al pedazo de carne que va a cocinar. Y eso, mi querida es imposible. Bueno, bastante imposible, porque mirando bien, entre lo que decía la Pocha de que no se sabe qué le ponen a la carne y lo que decía ese otro por la tele de que somos lo que comemos, con lo que a mi me gustaría

ser como Cristina creo que sé que voy a hacer con ese brazo cuando nos vayamos la ropa, toda esa plata, el resto de Cristina y yo a vivir otra vida, y por fin parecerme a ella para siempre, mi Cristina.

Índice

Aviso al Lector

Este es un libro de relatos. Son breves, un poco oscuros, exactamente como el sentimiento que los inspiró. Algunos son pura ficción. Otros no tanto. Averiguar cuáles son uno y cuáles los otros no es necesario para acercarse a ellos. Por el contrario, el desconocer este extremo permite que el lector pueda hacerse cargo de sus propias oscuridades.

"Ese oscuro sentimiento" es el primer libro impreso de Silvia Carrero Parris, quien además publica dos blogs, uno de poemas:
entregallosyamaneceres.blogspot.com
y otro de prosa:
entregallosyamaneceresprosa.blogspot.com
La foto y el diseño de portada le pertenecen y no tiene vergüenza alguna de que se sepa.

Ediciones del Autor
Montevideo 2010

Títulos publicados

Vieja Viola	Rodolfo Caravia
Ese oscuro sentimiento	Silvia Carrero Parris

Edición de 100 ejemplares numerados

Nº 092